

# LAS REVOLUCIONES NACIONALISTAS Y LOS NACIONALISMOS.

## ÍNDICE

### **LAS IDEOLOGÍAS NACIONALES EN LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA**

*LOS ORÍGENES DEL CONCEPTO NACIONAL: LA REVOLUCIÓN FRANCESA*

*IDEALISTAS Y ROMÁNTICOS: LA NACIÓN COMO EXPRESIÓN DE UNA CONCIENCIA  
COLECTIVA.*

*EL PENSAMIENTO NACIONAL ENTRE LOS MARXISTAS*

### **EL DESARROLLO HISTÓRICO DE LOS NACIONALISMOS**

*ESTADOS Y NACIONES EN LA EUROPA DEL SIGLO XIX*

*EL NACIONALISMO EN LAS REVOLUCIONES LIBERALES (1815-1848)*

*LA CONSAGRACIÓN DEL PRINCIPIO NACIONAL (1848-1870)*

*EL NACIONALISMO (1871-1914)*

**EL NACIONALISMO. VERSIÓN REDUCIDA 1**

**EL NACIONALISMO. VERSIÓN REDUCIDA 2.**

## INTRODUCCION

En la historia contemporánea de Europa uno de los fenómenos que ha mantenido una continuidad más persistente, desde las guerras napoleónicas hasta nuestros días, ha sido, sin lugar a dudas, el nacionalismo, o mejor dicho, los nacionalismos. Unos movimientos que, desde la perspectiva actual de finales del siglo XX, encontramos extremadamente complejos y diversos.

A lo largo de los siglos XIX y XX se ha podido ser nacionalista para reivindicar el autogobierno y la soberanía nacional, para conseguir la unificación de distintos Estados o para perseguir objetivos anexionistas. Ideológica y políticamente la reivindicación del nacionalismo se ha realizado desde la extrema derecha, desde el liberalismo, desde posiciones democráticas moderadas o radicales, desde la izquierda socialista y desde la extrema izquierda. Y para conseguir sus objetivos los nacionalismos han recurrido a movilizaciones pacíficas, a métodos parlamentarios y muy a menudo a la lucha armada y a la violencia.

Por todo ello sería imposible meterlos a todos en un mismo saco, incluso resulta difícil encontrar un único modelo de interpretación y de análisis que sirva para estudiarlos en su globalidad y para comprenderlos. Y por ello mismo hay que estudiarlos en cada contexto histórico en que aparecen. Como cualquier otra manifestación social que surge de la acción de los hombres y de las sociedades, pueden llegar a explicar la historia, pero no pueden explicarse sin la historia.

La historia de la Europa del siglo XIX es un buen ejemplo de lo que planteamos, en la medida en que fue en el siglo XIX cuando surgieron los nacionalismos a la par que se estaban construyendo los nuevos estados liberales, surgidos de las revoluciones, y se estaba consolidando un nuevo sistema socio-económico con la introducción del capitalismo. Fue en el siglo XIX cuando surgió el concepto moderno de nación, estrechamente vinculado a los nuevos estados liberales y, como respuesta, aparecieron los nacionalismos que cuestionaban la hegemonía de aquellos Estados. Fue en el siglo XIX cuando aparecieron netamente codificadas aquellas ideologías que dieron sostén a los distintos posicionamientos de los nacionalismos. Fue en el siglo XIX, en fin, cuando como prolongación lógica de un determinado nacionalismo se desarrollaron los imperialismos europeos con el afán de controlar el mundo.

El tema no se agota, ni mucho menos, en el siglo XIX. En la actualidad siguen existiendo nacionalismos que, como en el caso irlandés, tuvieron sus primeras manifestaciones históricas muy a comienzos del XIX. Y parece evidente que una de las novedades históricas de la transición del siglo XX al XXI vuelve a ser el recrudecimiento de los conflictos nacionalistas en el centro y este de Europa.

## LAS IDEOLOGIAS NACIONALES EN LA HISTORIA CONTEMPORANEA.

Los movimientos nacionalistas que se desarrollaron en Europa a lo largo del siglo XIX se fundamentaron en ideologías que expresaban los principios más esenciales, doctrinarios, de las reivindicaciones nacionales. Y no es casual, como destacamos en la introducción, que las primeras formulaciones ideológicas de los nacionalismos se produjeran en la coyuntura histórica de finales del siglo XVIII y principios del XIX, unos años extremadamente convulsos en toda Europa: la crisis del Antiguo Régimen provocada por la revolución francesa, la consiguiente expansión napoleónica con la larga retahíla de guerras de liberación, la posterior restauración de las monarquías absolutas, configuran un marco histórico del cual inevitablemente surgieron las dos ideologías que dieron cuerpo a los movimientos nacionalistas del S. XIX y buena parte del XX: el

liberalismo y el romanticismo, dos ideologías enfrentadas en sus orígenes, con propuestas claramente diferenciadas y objetivos distintos. Dentro del marxismo -la tercera gran ideología que aparece en el S. XIX- el desarrollo de una teoría nacional es mucho más tardía y, de hecho, no se produce de forma sistemática y codificada hasta finales del siglo, aunque a partir de la herencia legada por Marx y Engels.

### LOS ORÍGENES DEL CONCEPTO NACIONAL: LA REVOLUCIÓN FRANCESA.

En sus orígenes, el concepto nacional, la propia idea de nación se halla estrechamente vinculada al proceso histórico de la formación de los llamados Estados nacionales que se fueron construyendo a través de las revoluciones, y apareció como una idea claramente contrapuesta a la sociedad estamental y a las instituciones feudales propias del Antiguo Régimen. No es de extrañar, pues, que la idea de nación, como principio histórico, quedase consagrada en la Revolución francesa de 1789, para designar al bloque de clases sociales -del que explícitamente quedaba excluida la aristocracia- que tenía por objetivo la lucha contra los particularismos y los privilegios feudales y la creación de un estado nacional que permitiese la libre expansión del capitalismo.

Antes del estallido revolucionario de 1789 esta idea de nación y el propio concepto se había ido fraguando como consigna clara de oposición a la monarquía absoluta. Es muy significativo que Luis XIV, el "Rey Sol", no lo utilizase nunca y que cuando hablaba de Francia y de los franceses se refiriese, respectivamente, a "mis Estados" y a "mis gentes". Entre los pensadores franceses de la Ilustración había ido tomando cuerpo la idea de nación concebida como un pueblo libre, ilustrado y armoniosamente unido, y en todos ellos existía la creencia generalizada sobre la incompatibilidad entre el despotismo monárquico y la nación.

Será Jean-Jacques Rousseau quien siente los postulados teóricos del nuevo nacionalismo que tanta influencia tuvo durante la revolución. En "*El Contrato Social*" Rousseau elabora una teoría del Estado que en buena medida puede considerarse como una utopía nacionalista.

El eje de sus concepciones radica en el desarrollo del concepto de la soberanía nacional: para Rousseau los ciudadanos deben subordinar completamente sus intereses privados al bien común, uniendo armónicamente sus voluntades individuales en el organismo colectivo del Estado nacional. La soberanía surge, así, como un producto directo de un contrato social, de un compromiso recíproco de todos los ciudadanos, iguales en derechos y en deberes. Y el Estado aparece como el resultado de la voluntad general y el depositario de la soberanía.

Junto a esto, en el pensamiento de Rousseau aparece también la exaltación del patriotismo y de las tradiciones nacionales, como medio para fomentar e intensificar la solidaridad entre los ciudadanos. El patriotismo debía reforzarse con la configuración del carácter nacional de cada pueblo, constituido fundamentalmente por sus instituciones nacionales.

Cuando en 1789 se inicia el proceso revolucionario francés, el tema de la nación y del patriotismo deja de ser un problema de definición abstracta de un concepto y entra masivamente en las luchas sociales y políticas. Ya en el mismo año 1789 el abate Sièyes publica su famoso panfleto "*¿Qué es el Tercer Estado?*", donde deja muy claro que los Estados privilegiados del Antiguo Régimen eran "extranjeros a la Nación" y que sólo el Tercer Estado -la burguesía- constituía la Nación. A medida que se profundizaron las luchas revolucionarias y que se incrementó en ellas la participación de las clases populares, la nación tendió a identificarse con el pueblo revolucionario que había abatido a la monarquía. La idea de soberanía nacional pasaba a convertirse en soberanía nacional de todo el pueblo. Y la nueva nación francesa, como fuerza histórica, pasaba a estar constituida por un nuevo bloque de clases sociales, del que estaban explícitamente excluidos los estamentos del Antiguo Régimen. El artículo 3º de la "*Declaración de los*

*derechos del hombre y del ciudadano*", que elaboró la Asamblea Constituyente francesa el 26 de agosto de 1789, recogía, en buena medida, esta idea y los principios rousseauianos al respecto al afirmar que "el principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación: ningún cuerpo, ningún individuo, no puede ejercer una autoridad que no emane expresamente de ella".

De la Revolución francesa surgía, así, un nuevo nacionalismo que implicaba fundamentalmente la construcción de un Estado nacional e insistía en que el deber y la dignidad del ciudadano residían en la actividad política, y en que este deber y dignidad residían a su vez en la completa unión de los ciudadanos con el Estado nacional. El ciudadano debía sentirse identificado con el Estado, a través de una unidad espiritual y una fraternidad general, que los revolucionarios franceses pensaban conseguir reforzando la idea de igualdad -frente a la subsistencia de cualquier tipo de privilegios- y fomentando el amor a las tradiciones, la exclusión de los modelos extranjeros y el abandono del cosmopolitismo.

El nuevo patriotismo revolucionario francés elevaba, por una parte, el nacionalismo a la categoría de religión de Estado, y por otra, iniciaba una ofensiva homogeneizadora contra todas las instituciones y lenguas preexistentes antes de la revolución. Se trataba de acabar "con un agregado inconstituido de pueblos desunidos" (Mirabeau), para acabar construyendo la nueva nación francesa desde la acción del Estado.

Este tipo de nacionalismo presupone que la nación no es un hecho de masas, colectivo, que se constituye a través de la historia, sino un hecho administrativo, en la medida en que es el Estado quien impone la nación.

De esta manera la Revolución francesa general un principio nacional que creará escuela entre los liberales europeos del siglo XIX, por el hecho de que ofrece un nuevo modelo de organización política que permite la rápida expansión del capitalismo -al unificar los territorios del un mismo Estado- y, al mismo tiempo, antepone la organización del Estado nacional al poder de las monarquías absolutas. De ahí que el principio nacional de la Revolución francesa cale muy rápidamente en la Europa de principios del XIX, aún dominada por los regímenes absolutistas, y que desde distintos países europeos acabe dirigiéndose contra la propia Francia revolucionaria, cuando el expansionismo napoleónico contradiga los principios de libertad por los que afirmaba querer liberar a Europa del despotismo de las monarquías.

## **IDEALISTAS Y ROMÁNTICOS: LA NACIÓN COMO EXPRESIÓN DE UNA CONCIENCIA COLECTIVA.**

Pero este nacionalismo -que consideraba a la nación como el resultado de un contrato voluntario y del libre consentimiento de los individuos- no fue compartido en toda Europa. En buena medida como reacción contra estas ideas de la Revolución francesa apareció una ideología nacionalista, completamente contrapuesta, que surgida de Alemania, muy pronto entroncó con el romanticismo. Un nuevo nacionalismo que, en sus orígenes, tuvo una vertiente fundamentalmente cultural y hasta una etapa posterior no se vinculó a proyectos políticos concretos.

Entre los numerosos pensadores de este nuevo nacionalismo, que emerge ya durante la segunda mitad del siglo XVIII, sobresale el filósofo alemán Johann G. Herder, fallecido en 1803, y considerado como el gran pionero del romanticismo, a pesar de su admiración por Rousseau y de haber seguido fiel a los principios morales de la Ilustración. Herder, en su extensa producción, y especialmente en sus Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad, desarrolló la teoría de que la nación es un organismo biológico, producto de la herencia común de una misma raza, una misma lengua y una misma historia. De esta manera, la nación comunidad nacional se fundamentaría en el espíritu del pueblo, en un "alma colectiva" (*Volksgeist*), cuyas manifestaciones se concretan en la lengua, la poesía, las artes, las tradiciones, etc. Las naciones, pues, no se diferencian por el tipo de sociedad o de organización política, sino por los lenguajes, las literaturas, la

educación, las costumbres, a partir de las cuales la nación forja un alma, destinada a perpetuarse de generación en generación.

Uno de los aspectos centrales de la nueva propuesta ideológica de Herder se basaba en la importancia que atribuía a la lengua en la conformación de la nación. Para Herder la lengua es "un todo orgánico que vive, se desarrolla y muere como un ser vivo; la lengua de un pueblo es, por decirlo así, el alma misma de este pueblo, convertida en visible y tangible". Al afirmar, como lo harían él y muchos románticos posteriores, la igualdad de derechos de todas las lenguas afirmaba también la igualdad de derechos de todos los pueblos.

Asimismo, Herder atribuía a las naciones y a las patrias la causa de la paz como principal objetivo, al tiempo que consideraba que las guerras eran patrimonio de príncipes y Estados. Así Herder no sólo no identificaba la nación con el Estado, sino que de manera explícita presentaba ambos conceptos como realidades históricas diferentes y netamente separadas.

La semilla ideológica inspirada por Herder impregnó todo el movimiento romántico del siglo XIX y fue un poderoso estimulante para todo el pensamiento nacionalista de la Europa central y oriental de principios de siglo.

El romanticismo posterior comportó un renacimiento lingüístico sin precedentes en la historia europea, pero comportó también un renacimiento en muchos otros campos de las ciencias humanas. Surgió, por una parte, una nueva escuela histórica interesada en buscar en el pasado las señas de identidad nacional colectiva, y la historia se convirtió también en un instrumento cultural de exaltación nacionalista. Junto a ella surgió una nueva escuela jurídica romántica, interesada en estudiar el derecho específico de cada pueblo. El Derecho era considerado como fruto de la conciencia de cada pueblo, que lo creaba a su semejanza y según sus necesidades.

Coetáneo a Herder, el filósofo alemán J. Gottlieb Fichte dio un paso importante en la consolidación de la ideología nacionalista romántica y la adscribió ya en el contexto histórico concreto de Alemania. A diferencia de Herder, el discurso nacionalista de Fichte se inició por razones históricas muy precisas y representó una ruptura con su anterior manera de pensar. El que fuera entusiasta admirador y propagandista de la revolución y de la cultura francesas, en 1806, cuando Napoleón derrotó a los ejércitos prusianos en la batalla de Jena y redujo a Prusia a la mitad de su territorio, se convirtió en profundo nacionalista alemán. En sus Discursos a la nación alemana, escritos entre 1807 y 1808, sistematizó las claves esenciales de un nacionalismo que, adscrito a la realidad histórica concreta de Alemania, contemplaba muchos de los rasgos ya enunciados por el romanticismo -como la interconexión entre la lengua y el alma del pueblo-, al tiempo que atribuía como característica fundamental de la nación la existencia de un carácter nacional y la creencia en una misión específica que cumplir.

Pero el nacionalismo de Fichte era aún un nacionalismo cultural, no adscrito a ningún proyecto político concreto. El paso se dio tras el fin de las guerras napoleónicas, cuando el Congreso de Viena de 1814-1815 reinstauró en Europa la estabilidad conservadora del período anterior a la Revolución francesa. El mantenimiento de numerosos regímenes de monarquía absoluta, el retroceso conseguido por la revolución y el hecho de que el principio nacional no fuese tenido en cuenta en el Congreso, creó una enorme frustración entre numerosos liberales europeos que incorporaron a sus principios liberales los presupuestos básicos del nacionalismo romántico. De esta yuxtaposición surgió una nueva floración nacionalista que cronológicamente se desarrolló entre las revoluciones de 1830 y 1848.

Entre los nuevos ideólogos nacionalistas destacó el italiano Giuseppe Mazzini, teórico y hombre de acción muerto en 1872. Fundador de la organización clandestina la Joven Italia, en 1831, inspirador más tarde de la Joven Europa, como movimiento de solidaridad entre los distintos movimientos nacionalistas europeos, desarrolló dos de las ideas claves del pensamiento nacionalista romántico: la nacionalidad como misión o

finalidad, y la nacionalidad como conciencia. Sobre el primer aspecto ya en 1835 escribía que la nacionalidad "es un pensamiento común, un principio común, un objetivo común", y en 1871, seguía afirmando que la nación es un todo orgánico por unidad de objetivos y de facultad. No menos importante era el papel de la conciencia para crear la nacionalidad: "La patria -escribió en 1859- es antes que nada la conciencia de la patria (...); la patria es la fe en la patria", y sólo podrán disponer de patria quienes posean esta fe y estén dispuestos a verter su sangre por ella.

Mazzini culmina, así, un pensamiento nacionalista de raíz marcadamente naturalista que concibe a la nación como un todo orgánico preexistente a los hombres y casi -como lo era el Estado en Rousseau- anterior a ellos.

### **EL PENSAMIENTO NACIONAL ENTRE LOS MARXISTAS.**

Es cierto que ni Marx ni Engels dejaron ninguna obra sistemática sobre la cuestión nacional y los nacionalismos, pero a lo largo de su producción, sobre todo cuando se centraron en el análisis de casos concretos, fueron desgranando los elementos teóricos e ideológicos claves de sus posiciones. En primer lugar, la nación aparece como una condición objetiva producto de un largo desarrollo histórico condicionado por circunstancias preexistentes diversas -el medio ambiente, el clima, el suelo, etc.- y por la acción de la colectividad humana, que se traduce en la historia, la economía y la cultura de las comunidades. En segundo lugar, la nación moderna es una categoría histórica vinculada a una época determinada y a un modo de producción específico: la del capitalismo ascendente; en cuanto a tal se constituye en la lucha por la creación de las condiciones de desarrollo de la sociedad burguesa, a la que corresponde la forma política de un estado nacional centralizado. La nación, finalmente, en cuanto es una entidad histórica orgánica, dotada de una continuidad histórica, no constituye un todo homogéneo, sino que es la sede de los intereses y de las luchas de clases. En este sentido, la reivindicación nacional siempre posee un contenido de clase y sirve intereses distintos en función de la clase a la que concierne y del momento en que se plantea.

Marx y Engels, a partir de esta caracterización genérica, presentaban en su época la cuestión nacional como un problema subalterno y subordinado a las exigencias de la lucha de clases. La clase obrera debía adoptar unas posiciones u otras frente a las reivindicaciones nacionalistas de acuerdo a los intereses generales del progreso social y de su lucha de emancipación, cuyo norte y objetivo era la revolución proletaria en Europa.

El internacionalismo proletario como principio de actuación frente a cualquier tipo de solidaridad nacional, la existencia del proletariado como clase fundamentalmente internacional y la profunda convicción de que en la futura sociedad comunista, con la desaparición del Estado, desaparecerán las diferencias nacionales y las naciones, representan otros elementos claves en las concepciones de Marx y Engels sobre la nación y los nacionalismos.

Durante muchos años los marxistas europeos del siglo XIX vivieron de estos axiomas. El agravamiento de los conflictos nacionalistas a finales de siglo y principios del siglo XX, hasta la Gran Guerra, y la aparición de tendencias netamente nacionalistas en el seno de distintas organizaciones socialistas, obligaron a nuevas tomas de postura y a nuevas reflexiones que se concretaron en tres grandes tendencias que se fueron configurando como ideologías alternativas para la resolución de los problemas nacionales: los llamados "marxistas occidentales", que despreciaban los movimientos nacionalistas; los llamados "marxistas orientales", que habían descubierto el peso y potencia cada vez mayor de las luchas nacionales; y, en pugna con ambas, las posiciones de Lenin, centradas en la teorización y defensa del derecho a la autodeterminación.

Los marxistas occidentales, con Rosa Luxemburg a la cabeza, mantuvieron con extremada rigidez la primacía absoluta de la lucha de clases frente a cualquier tipo de lucha, y polemizó duramente con las tendencias nacionalistas del Partido Socialista

polaco. No sólo se opuso a la formulación del derecho de autodeterminación de las naciones, sino que incluso consideró claramente excluyentes los conceptos de "patriota" y "socialista", y defendió con tesón que en ningún caso las fuerzas del proletariado debían aceptar en su seno movimiento de independencia nacional alguno. Sin embargo, no negaba el oprobio de la opresión nacional, simplemente consideraba que esta opresión debía considerarse como una cuestión de "clase", inserta en el programa de emancipación global que, de forma autónoma e independiente, debía seguir la clase obrera.

Frente a estas posiciones surgieron por la misma época las que formularon los "marxistas orientales", encabezados por Otto Bauer y Karl Renner. La teoría de la nación de Bauer se sintetiza en una definición que, en su aparente simplismo, incluía un complejo postulado metodológico: "...un conjunto de hombres unidos por la comunidad de su destino histórico en una comunidad de carácter". Y la demostración histórica de este postulado le llevó a dos importantes conclusiones que le enfrentaban con Marx y Engels: la primera preveía el resurgimiento de los pueblos eslavos, a quienes Engels, siguiendo a Hegel, había pronosticado su desaparición; la segunda postulaba el desarrollo y la acentuación de las diferencias nacionales en la sociedad comunista del futuro, como consecuencia del acceso a la cultura de las clases inferiores.

Lenin desarrolló un discurso propio sobre las nacionalidades y los nacionalismos, pensado fundamentalmente para solucionar la cuestión de las nacionalidades en el Imperio zarista, y a tal efecto creó un modelo de solución que trascendió el espacio y el tiempo hasta convertirse en una doctrina de valor universal. Al mismo tiempo, y por primera vez en la historia del pensamiento marxista, las teorías nacionales de Lenin se aplicaron en la práctica y configuraron la organización del primer Estado socialista existente en la historia.

El aspecto fundamental de sus posiciones nacionales se centra en la defensa del derecho a la autodeterminación nacional, junto a la creencia en el principio marxista clásico de la prioridad absoluta de la lucha de clases sobre la lucha de las naciones.

## EL DESARROLLO HISTORICO DE LOS NACIONALISMOS

El punto de partida de los nacionalismos europeos contemporáneos fue, como hemos puesto de relieve, la Revolución francesa y el expansionismo napoleónico, que exportó el conjunto de elementos de la ideología revolucionaria y con ellos el propio principio nacional.

A partir de 1808, y hasta 1814, se iniciaron las primeras resistencias nacionales y populares contra Napoleón, que configuraron un amplio y heterogéneo movimiento anti-napoleónico que aglutinaba tanto a las monarquías del Antiguo Régimen -defensoras de la legitimidad monárquica- como a los nuevos nacionalismos, imbuidos de las ideas de independencia y libertad.

El período napoleónico terminó con la imposición de una dura reacción absolutista generalizada que quedó consagrada en el Congreso de Viena de 1815, donde se impuso una nueva organización política y territorial de Europa, basada en el restablecimiento de la legitimidad de los soberanos y en la necesidad de sentar las bases de un equilibrio europeo entre las grandes potencias, que no tuvo en cuenta ni el principio nacional, creado por la Revolución francesa, ni las aspiraciones a la independencia y a la unidad nacional que se habían manifestado durante las guerras. De esta manera, los vencedores de Napoleón configuraron un mapa estatal europeo completamente antinacional que si, por una parte, se fue modificando a lo largo del siglo XIX, en la medida en que los movimientos nacionalistas conseguían sus objetivos, por otra, mantuvo su estructura básica fundamental hasta la Primera Guerra Mundial.

### ESTADOS Y NACIONES EN LA EUROPA DEL SIGLO XIX.

- ✓ **España** integraba en su seno a distintas nacionalidades, algunas de las cuales, como Cataluña, desde hacia un siglo habían perdido sus instituciones de autogobierno, y sólo los vascos conservaban su soberanía merced a la vigencia de sus fueros históricos.
- ✓ **Francia**, la gran derrotada en la guerra, veía reducidas sus fronteras a las de 1792, perdiendo Saboya y el condado de Niza al sur, aunque conservando Alsacia.
- ✓ **Gran Bretaña**, por su parte, existía como Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda desde que en 1801 Irlanda había sido anexionada a la corona inglesa, como antes lo habían sido ya Escocia y el País de Gales.
- ✓ Al norte de Francia, el Congreso de Viena creó el **Reino de los Países Bajos**, con la fusión en un solo estado de Holanda con los antiguos países que, antes de las guerras napoleónicas, habían pertenecido a Austria, o sea la futura Bélgica. El nuevo estado, gobernado por una dinastía holandesa, de religión protestante (los Orange-Nassau), tuvo que enfrentarse muy pronto al problema que representaba la existencia en Bélgica de dos comunidades, flamencos y valones.
- ✓ **Finlandia**, que hasta las guerras napoleónicas había estado unida a la corona sueca, pasó a pertenecer al Imperio zarista, si bien fue reconocida como ducado autónomo, que conservaba sus instituciones particulares.
- ✓ **Noruega**, que en 1814 había intentado construir un estado independiente, quedaba anexionada a Suecia, conservando también sus instituciones y su autonomía interna.
- ✓ **Dinamarca**, por su parte, incluía en sus fronteras a los alemanes de los territorios de

Schleswig y el Holstein.

- ✓ Integraban el **Imperio Austríaco**, además de la población alemana, los checos de Bohemia y Moravia, los eslovacos, los polacos de la Galitzia, una parte de los llamados eslavos del sur -eslovenos, croatas y serbios-. A finales del siglo XVIII había arrebatado al Imperio turco Hungría. Por último existían los rumanos de Transilvania. A partir de las guerras napoleónicas, Austria había ampliado sus dominios con la incorporación de la Iliria en los Balcanes y del reino lombardo-veneto en el norte de Italia, además de haber convertido en vasallos a todos los ducados al sur del Po.
- ✓ **Italia**, con un poder político fragmentado en 7 Estados, se hallaba sometida a la aplastante influencia de Austria. Y sólo uno de estos Estados, el reino de Cerdeña, había ampliado su territorio con la anexión de Génova y Saboya.
- ✓ **Alemania**, por su parte, salió de las guerras napoleónicas dividida políticamente, como lo había estado siempre, a pesar de los sentimientos de unidad que habían surgido durante las guerras. En el Congreso de Viena sólo se llegó a una federación de los 39 Estados alemanes -incluida Austria- con la creación de la Confederación Germánica, cuya presidencia fue confiada al emperador austríaco, pero de hecho cada estado mantenía su propia soberanía. Uno de estos Estados, Prusia -que desde finales del XVIII tenía anexionada una parte de Polonia- salió enormemente beneficiada de las guerras, pues amplió sus territorios con una parte del Reino de Sajonia y con la totalidad de la Renania alemana que, desde 1793, había sido francesa.
- ✓ **Suiza** se convirtió en una federación de cantones, si bien la idea de un estado unitario había tomado cuerpo en la República helvética de 1798.
- ✓ El **Imperio Turco**, cuyo territorio europeo ocupaba fundamentalmente la Península de los Balcanes, presentaba una gran complejidad étnica. Además de población turca, integraba a griegos, búlgaros, eslavos del sur, macedonios, albanos y rumanos.
- ✓ **Los Griegos**, que poseían el pasado histórico más ilustre de todos los pueblos de la Península de los Balcanes, al iniciarse el siglo XIX disponían de un enorme desarrollo intelectual, cultural y económico, lo cual les permitirá afrontar su independencia muy pronto.
- ✓ Al noreste de Grecia, **Bulgaria** había sido incorporada al Imperio turco ya en el siglo XIV.
- ✓ **Los Eslavos**. Además de eslovenos y croatas, mayoritariamente ubicados en el Imperio austríaco, los eslavos del sur más importantes eran los bosnios, los montenegrinos y sobre todo los serbios.
- ✓ Repartidos entre los actuales territorios de "Yugoslavia", Grecia y Bulgaria, cabe situar a **los Macedonios**, que desde la antigüedad clásica no habían poseído jamás independencia ni estado propio.
- ✓ **Albania**, ocupada también por los turcos en el siglo XV, llegó al siglo XIX en una situación de gran aislamiento cultural y social.
- ✓ Finalmente, los **Rumanos** integrados en el imperio Turco habitaban los principados

de Moldavia y Valaquia, y aunque eran tributarios del sultán, conservaban una cierta autonomía.

- ✓ El **Imperio de los zares rusos**, poderoso y en ascenso, ocupaba, hacia el norte, Finlandia, incorporada a partir de 1808, y los tres países bálticos de Letonia, Estonia y Lituania; en dirección al oeste, centro y sur de Europa, Ucrania, anexionada a finales del siglo precedente, Bielorrusia, una parte de Polonia, Georgia, que ocupó en 1801, y Besarabia, incorporada en 1812. En dirección hacia los Balcanes aspiraba, en pugna con el Imperio turco, a ejercer el protectorado sobre los pueblos eslavos de la Península.

## EL NACIONALISMO EN LAS REVOLUCIONES LIBERALES (1815-1848).

A partir de la situación en que quedó Europa después de las guerras napoleónicas se pone de relieve las enormes contradicciones que, potencialmente, podía generar la cuestión de las nacionalidades y que, de hecho, aparecieron muy pronto, como respuesta a la insatisfacción general creada por el carácter antinacional del Congreso de Viena. Este hecho, junto al triunfo de la reacción y al mantenimiento de las monarquías absolutas tuvo la virtud de posibilitar una alianza entre las frustradas aspiraciones nacionalistas y la derrotada idea liberal, de tal manera que, a menudo los nacionalismos aparecieron bajo la forma de liberalismo, confundándose ambos movimientos en su oposición a las monarquías absolutas y al sistema estatal que éstas habían creado.

En la Europa occidental los primeros nacionalismos que se manifestaron fueron, además del irlandés -que veremos más adelante- los que en Italia y Alemania perseguían la unificación de los distintos Estados.

En **Italia**, donde la presencia austriaca convertía la lucha nacional en una lucha contra una potencia extranjera, las primeras manifestaciones nacionalistas se inscribieron en el marco de las sociedades secretas que, como la Carbonería, intentaban conseguir sus objetivos a través de golpes de mano e insurrecciones militares que sistemáticamente fracasaban tanto por su debilidad militar -frente al poderío de los Estados- como por su carácter minoritario, al no conseguir atraerse a la mayoría de la población ni convertirse en movimientos de masas.

Así sucedió en las insurrecciones de 1821 que tuvieron lugar en Nápoles y en el Piamonte, y así volvió a suceder cuando como reflejo de las revoluciones de 1830 en febrero de 1831 estalló una insurrección en los ducados de Parma, Módena y Romagna. En este caso los insurrectos llegaron a proclamar las Provincias Unidas de Italia, pero la intervención de las tropas austriacas, llamadas por el Papa, hizo fracasar el movimiento, que supuso, además, el fracaso definitivo de la Carbonería.

A partir de 1831 el movimiento nacionalista italiano -que seguía confiando en la insurrección del pueblo en armas para conseguir sus objetivos- estuvo representado por los republicanos de Giuseppe Mazzini y su Joven Italia, que prosiguieron con la táctica anterior de recurrir a los métodos conspirativos, los complotos y los intentos putschistas, sin mucho más éxito que en la etapa anterior. Con estos métodos participaron en la revolución de 1848, promoviendo una insurrección democrática en Nápoles y otra claramente anti-austriaca en el Lombardo-Véneto, y participando junto a la monarquía liberal piamontesa en una auténtica guerra patriótica contra los austriacos, que acabó fracasando.

Paralelamente, entre los círculos de intelectuales de **Alemania**, se constituyó una primera organización que pretendía agrupar a todos los alemanes de origen, fuese cual fuese su estado de procedencia, y cuyo objetivo era conseguir la creación de una Gran Patria alemana. La persecución a que fue sometida esta organización en 1817 colapsó el movimiento liberal y nacionalista alemán durante varios años, y ello explica que las

revoluciones de 1830 sólo se manifestaran en los estados noroccidentales de Brunswick, Hessel, Hannover y Sajonia, que llegaron a proclamar la formación de unos Estados Unidos de Alemania, sin que el movimiento llegase a prosperar.

Tras el fracaso de 1830 los objetivos nacionalistas-unitaristas pronto cuajaron entre sectores importantes de la burguesía industrial renana -en la parte más occidental e industrializada de Prusia-, que se manifestó partidaria de que el liderazgo de la unificación fuese asumido por Prusia. A su izquierda, entre los discípulos de Hegel, los llamados hegelianos de izquierda, se constituyó un ala radical, republicana y revolucionaria, reducida a pequeños círculos intelectuales, y partidaria tanto de un estado unitario como del conjunto de ideas democráticas, del sufragio universal, la soberanía popular, etc. Cuando estallaron las revoluciones de 1848 el proceso unitario fue encabezado por un Parlamento reunido en Frankfort que fracasó cuando el monarca de Prusia -el estado más poderoso y militarizado de Alemania- presidió la contrarrevolución y reinstauró el antiguo régimen.

Durante esta etapa el único movimiento nacionalista que triunfó en la Europa occidental fue el **belga** (ver Monografía).

Antes de la independencia de Bélgica, los nacionalismos habían conseguido ya éxitos importantes en la Península de los **Balcanes**, donde el Imperio turco tuvo que enfrentarse muy pronto a los nacionalismos más activos, el serbio y el griego. Los primeros ya en 1804 habían iniciado una rebelión nacional que culminó con la obtención de un gobierno autónomo en 1817. Los griegos, por su parte, iniciaron su guerra de independencia en 1821, una guerra que poseía al mismo tiempo un carácter liberal y nacional, en la que participaron todos los sectores de la sociedad griega -desde la floreciente burguesía mercantil que encabezó la rebelión, hasta los clanes de campesinos-pastores-bandoleros, pasando por el patriarca griego de Constantinopla, y que constituyó un auténtico mito entre la "izquierda" europea del momento. En 1830, después de nueve años de guerra y de que la Asamblea Nacional griega hubiese proclamado la independencia de Grecia en 1822, un protocolo internacional promovido por Inglaterra creó el nuevo Estado griego que sería reconocido por el Imperio turco en 1833. La nueva independencia de Grecia fomentó en toda Europa -y particularmente en los Balcanes- la expansión de los nacionalismos.

Respecto a los **pueblos eslavos** y al resto de pueblos integrados en los Imperios austriaco y zarista, el renacimiento nacionalista se manifestó, antes de 1830, sobre todo en el campo de la lengua y de la literatura, pero no aún en una vertiente política directa. Sólo entre dos de estos pueblos se observaron, antes de las revoluciones de 1830, manifestaciones políticas nacionalistas: entre los **magiares húngaros** y los **polacos** integrados en el Imperio zarista.

A menudo se ha considerado que la historia de la Hungría moderna se inició en 1825, cuando en la Dieta húngara -la institución autonómica concedida a Hungría por los Austrias- hicieron su aparición los nacionalistas magiares exigiendo el establecimiento de un régimen liberal y reformas constitucionales y sociales. Era el inicio de un agudo enfrentamiento contra la autocracia imperial austriaca, pero al mismo tiempo de las contradicciones que enfrentarían a los húngaros con los pueblos eslavos y con los rumanos de Transilvania. De esta manera, el despertar del nacionalismo magiar comportó la opresión nacional de los pueblos no magiares y creó profundos resentimientos que no tardarían en generar, a su vez, nuevos movimientos nacionalistas.

El estallido de la revolución de 1848 en el Imperio austriaco no hizo sino agravar el proceso de contradicciones nacionalistas. Uno de los primeros pueblos que se movilizó ante la nueva situación fueron los checos, que exigieron desde el primer momento su igualdad frente a los alemanes.

En Hungría, aprovechando la debilidad del poder imperial austriaco se constituyó el primer gobierno magiar y la Dieta aprobó aceleradamente toda la legislación liberal que

había sido reivindicada hasta entonces: abolición de los privilegios nobiliarios y de la servidumbre, libertad de prensa,...Una legislación que al tiempo que reforzaba la hegemonía de los magiares convertía a Hungría en un estado prácticamente independiente y unitario que integraba además a Croacia y Transilvania.

Esta primera institucionalización del proceso de magiarización provocó el levantamiento de eslavos y rumanos. Los eslovacos, por una parte, presentaron unas reivindicaciones que incluían el derecho a poseer una Asamblea nacional autónoma. Los eslavos del sur -croatas y servios especialmente- tras presentar sus reivindicaciones nacionales que fueron desoidas por los magiares, plantearon, por primera vez en la historia, la constitución de un reino yugoslavo que, bajo la dirección de Servia, agrupase a Bosnia, Bulgaria, Croacia, Dalmacia y Hungría meridional, e inmediatamente iniciaron una guerra abierta contra los magiares.

Las revoluciones de 1848 propiciaron también la irrupción histórica de los **rumanos** de Transilvania. Los campesinos rumanos, directamente sometidos a la explotación de los grandes terratenientes magiares y alemanes, iniciaron su movimiento nacionalista con un carácter abiertamente anti-magiar.

Estas contradicciones explican que el triunfo de la contrarrevolución y la restauración del poder imperial absoluto fuese posible no sólo a merced de la intervención militar de la Rusia de los zares, a favor de la casa imperial austriaca, sino también por la alianza que croatas y rumanos establecieron con el Imperio, para frenar el asentamiento del nuevo estado magiar. Con el triunfo de la contrarrevolución el imperio austriaco reforzó su centralismo, y a través de una dura represión contra los magiares, Hungría perdió incluso las conquistas que había alcanzado antes de la revolución.

Durante este periodo que culmina en las revoluciones de 1848, Polonia también contempló la aparición del nacionalismo. Pero la situación en que se hallaban los polacos era muy particular. En primer lugar, porque en el Congreso de Viena de 1815 se reafirmaron las particiones que había sufrido el antiguo reino de Polonia a finales del siglo XVIII, y el territorio polaco se mantuvo repartido entre Rusia, Austria y Prusia. El único territorio polaco que permanecía independiente era la pequeña República de Cracovia, anclada en la Polonia austriaca. En segundo lugar, Polonia era la única nación sin estado de Europa a quien el derecho internacional reconocía su existencia jurídica como nacionalidad.

En este contexto era lógico que las reivindicaciones nacionalistas de los polacos apareciesen muy pronto. En el marco de las revoluciones de 1830, un grupo de suboficiales se sublevaron contra el dominio ruso e iniciaron un movimiento insurreccional, encabezado por la burguesía liberal y aceptado por la nobleza polaca, pero que no fue seguido por la gran masa de campesinos. La insurrección polaca inició una auténtica guerra, de 10 meses de duración, que se convirtió en un auténtico conflicto internacional: la ayuda de la Francia liberal a los polacos insurrectos fue rápidamente contrarrestada por la intervención de Austria y Prusia junto al zar. En estas condiciones la revuelta fue derrotada militarmente y Polonia perdió la autonomía de que disfrutaba, quedando reducida a una simple provincia rusa.

En 1846 se desarrolló en Galitzia, la Polonia austriaca, una insurrección nacionalista encabezada por la nobleza, que también fracasó. Debido a ello, la República independiente de Cracovia fue suprimida y asimilada a Austria.

Por último, cabe destacar el nacionalismo **IRLANDES** que, además de ser el único movimiento nacionalista de la Europa occidental que se presentaba organizado de forma coherente como un auténtico movimiento de masas, ya durante esta etapa, se fundamentaba en unas causas muy complejas que incluía aspectos políticos, sociales y religiosos.

A partir de 1801, merced al Acta de Unión, Irlanda había perdido el Parlamento autonómico de que disponía en Dublín y había sido integrada a la Corona británica en

una situación en que la mayoría de la población -católica y de origen céltico- se hallaba en claras condiciones de subordinación política y social. Los católicos, por el hecho de serlo, tenían prohibida su participación en la vida política. En el terreno social, los católicos, mayoritariamente campesinos, se veían obligados a pagar los tributos a los propietarios ingleses y además el diezmo a la Iglesia protestante.

En estas condiciones no debe sorprender que el movimiento nacionalista irlandés fuese vertebrado en sus orígenes por aquella institución más arraigada entre las masas campesinas -la Iglesia- y que fuese el clero católico quien encuadrase y organizase un movimiento en el que se mezclaban y confundían reivindicaciones políticas, sociales y religiosas. El nacionalismo irlandés contemporáneo surgió de la mano de un abogado de origen campesino, Daniel O'Connell, que con su Asociación Católica, identificando claramente nacionalismo y catolicismo, consiguió movilizar a las masas campesinas, así como despertar la conciencia política de otros sectores de la población.

Los primeros éxitos se consiguieron en 1829, con la emancipación de los católicos, que permitió que diputados católicos irlandeses se sentasen en el Parlamento de Westminster, e inmediatamente la Asociación Católica de O'Connell planteó la derogación del Acta de Unión y la supresión del diezmo a la Iglesia protestante. Sin embargo, no aprovechó la situación de agitación generalizada de principios de los años 40 para lanzarse a la insurrección.

Ello permitió el despegue de un nuevo nacionalismo: la Joven Irlanda, originariamente formada por grupos intelectuales que rompieron con el exclusivismo católico de O'Connell para plantear la independencia de Irlanda sobre la base de una unión entre católicos y protestantes. A partir de 1843 los jóvenes irlandeses -entre quienes empezaron a surgir partidarios de la lucha armada- capitalizaron la agitación del campo irlandés agravada por la gran hambre de 1845. En plena crisis del hambre, las revoluciones europeas de 1848 fomentaron un ambiente insurreccional en Irlanda que pudo ser dominado por los ingleses cuando, a pesar de los numerosos conatos que se produjeron, los dirigentes de la Joven Irlanda tampoco se decidieron a dar la orden general y a encabezar la sublevación.

## LA CONSAGRACIÓN DEL PRINCIPIO NACIONAL (1848-1870).

Las revoluciones nacionales de 1848 acabaron con un rotundo fracaso y ni uno sólo de los movimientos consiguió sus objetivos. La derrota de las revoluciones del 48 comportó, pues, la consiguiente restauración de la Europa del Congreso de Viena, pero no impidió que en las décadas siguientes algunos de los movimientos nacionalistas desarrollados en la primera mitad de siglo, y el propio nacionalismo como movimiento político obtuvieran éxitos espectaculares.

Algunos historiadores, como el británico Eric J. Hobsbawm, han puesto de relieve que durante esta nueva fase, que llega hasta 1870, se produjo una modificación profunda en la naturaleza de determinados movimientos nacionalistas, puesto que se estableció una diferencia fundamental entre los movimientos que perseguían la creación de naciones-Estado y los nacionalismos como movimientos populares. La diferencia estriba en que ya no se precisa ser nacionalista -liberal, demócrata y revolucionario- para pretender construir un estado unificado. Y en los dos ejemplos más importantes, las unificaciones italiana y alemana, quienes hegemonizaron el proceso de unificación, lo hicieron desde presupuestos claramente antidemocráticos, aunque se apoyasen y utilizasen los movimientos nacionalistas preexistentes.

Las revoluciones de 1848, por otra parte, habían puesto de relieve el peligro que comportaba el recurso a la insurrección popular como medio para conseguir los objetivos nacionalistas. El mito romántico que partía de la insurrección del pueblo en armas, del levantamiento espontáneo del pueblo, había abierto la puerta a las reivindicaciones socialistas claramente planteadas también en 1848. El nuevo "peligro rojo" que asomó por toda Europa decidió a las clases medias liberales y nacionalistas a recurrir a instrumentos mucho más clásicos, como la guerra convencional, la diplomacia y las alianzas exteriores, que evitaban el riesgo de la subversión del orden social.

Finalmente, después de 1848 el principio de las nacionalidades fue admitido, a instancias de Napoleón III y del Segundo Imperio francés, como un principio de derecho internacional, y aunque ello no significó la obligatoriedad de aplicarlo en todos y cada uno de los casos en que se planteaban reivindicaciones nacionalistas, sí que significaba un profundo cambio en la mentalidad de los Estados.

### LA GUERRA DE CRIMEA Y LA PRIMERA INDEPENDENCIA DE RUMANIA.

El primer triunfo de un movimiento nacionalista durante esta etapa tuvo lugar en el Imperio otomano, donde, aunque desde la independencia de Grecia no se había producido otro éxito de relieve, en cambio no había cesado la agitación nacionalista. En este caso el avance nacionalista afectó a los Principados rumanos de Valaquia y Moldavia, que ya gozaban de autonomía dentro del Imperio, y sobre los cuales habían pesado desde comienzos de siglo las apetencias imperiales de los rusos.

El nuevo episodio de la lucha ruso-turca fue la guerra de Crimea (1853-1856), motivada por las aspiraciones rusas de establecer un protectorado entre los eslavos ortodoxos de la Península de los Balcanes. La ocupación militar de Valaquia y Moldavia por parte de las tropas rusas provocó el estallido de una guerra, que en esta ocasión se planteó a escala internacional: los turcos contaban con la colaboración de franceses, ingleses e italianos del Piamonte, opuestos al expansionismo ruso, mientras Austria y Prusia decidieron mantenerse neutrales.

La derrota rusa y la celebración de un Congreso de Paz, reunido en París en 1856, posibilitó el surgimiento de una nueva nación autónoma, prácticamente independiente: Rumania. Es cierto que aún no se reconoció la existencia de una unidad política de los Principados, y que la nueva nación, denominada Principados Unidos de Valaquia y Moldavia, siguió siendo tributaria de Turquía.

Pero en 1861, merced al apoyo de Napoleón III, el gobierno turco aceptó la unidad de ambos principados que, con el nuevo nombre de Rumania, pasaron a disponer de un

solo príncipe, de un solo gobierno y de una única Asamblea Nacional. La ruptura total del vínculo de dependencia con el Imperio turco no se conseguiría hasta la etapa posterior, cuando después de la nueva guerra ruso-turca de 1877-1878, el Congreso de Berlín (1878) reconoció a nivel internacional la independencia absoluta de Rumania, aunque, eso sí, aún sin los rumanos de Transilvania.

#### **LA UNIFICACIÓN ITALIANA. (Ver monografía).**

#### **LA UNIFICACIÓN ALEMANA. (Ver monografía).**

#### **LA EMANCIPACIÓN HÚNGARA Y LA OPRESIÓN ESLAVA.**

Las derrotas austriacas en Italia y sobre todo en la guerra austro-prusiana tuvieron una incidencia importante en el desarrollo de los nacionalismos del Imperio austriaco. La debilidad imperial fue aprovechada por los magiares -la nacionalidad más fuerte del Imperio- para reiniciar su ofensiva reivindicativa y forzar a los austriacos a reconocerles sus derechos históricos. En esta ocasión los éxitos magiares avanzaron más que nunca y culminaron en una reestructuración del Imperio, que comportó la desaparición del estado centralizado y la constitución de una nueva monarquía dual. A partir de 1867 el Imperio austriaco pasaba a denominarse Imperio Austro-húngaro. Entre magiares y austriacos existían ministerios comunes y un ejército común, pero Parlamentos separados, y el emperador de la Austria alemana sería, al mismo tiempo, el rey de Hungría. Al mismo tiempo se establecía una frontera entre los dos Estados que contemplaba la distribución de jurisdicciones respectivas de las distintas nacionalidades existentes en el Imperio: la Cisleitania, bajo el control de Austria, integraba alemanes, checos, eslovenos, polacos e italianos; mientras la Transleitania, controlada por Hungría, incluía magiares, croatas, eslovacos, serbios y rumanos.

Pero la solución favoreció casi exclusivamente a los magiares, a pesar de que la nueva Constitución de 1867 reconocía que "todos los pueblos del Estado tienen iguales derechos y cada pueblo en particular tiene derecho a que sea garantizada la inviolabilidad de su nacionalidad y de su idioma.

En la zona austriaca se puso en práctica una campaña de "germanización" fuertemente contestada por los checos. Sólo entre los polacos de la Galitzia la situación mejoró sensiblemente, pues los austriacos les concedieron una Dieta propia y el desarrollo de su propio idioma. (Por contraste, la situación de los polacos en Rusia y Prusia empeoró).

En la Transleitania, zona magiar, rumanos y eslavos se vieron abocados a un profundo proceso de magiarización. Eslovacos y rumanos siguieron sin ser tenidos en cuenta y los magiares vieron con recelo las pretensiones de los rumanos de Transilvania de unificarse con los Principados, ya prácticamente independientes, de Valaquia y Moldavia.

Sólo los croatas consiguieron establecer, en 1868, una Convención con los húngaros que dotaba de una cierta autonomía a Croacia. El acuerdo, parecido al austro-húngaro, establecía la existencia de una Dieta croata en Zagreb con competencias sobre la administración interior, la justicia, los cultos,... Ahora bien, la mayoría de aspectos de la vida pública seguían siendo prerrogativas húngaras. Y el propio jefe del ejecutivo croata era nombrado por la Corona a propuesta del gobierno húngaro.

#### **LA APARICIÓN DE LA LUCHA ARMADA EN IRLANDA: EL FENIANISMO.**

En la Europa occidental el nacionalismo irlandés siguió siendo uno de los movimientos más activos de todo el continente y en esta etapa conoció una transformación esencial: el abandono de los métodos legales de lucha y el paso a la lucha armada contra la dominación inglesa. Esta transformación fue posibilitada tanto por los inamovibles comportamientos que los ingleses mantenían en Irlanda, no dispuestos a ceder ante las presiones nacionalistas, como por la importante aportación de la

inmigración irlandesa en EEUU. También influyó el fracaso de los nacionalismos anteriores -el católico de O'Connell y el de los Jóvenes irlandeses-.

Fue en la inmigración americana donde surgió la iniciativa de crear una sociedad secreta entre voluntarios irlandeses que habían participado en la guerra de secesión, la Hermandad Republicana Irlandesa, también denominada Hermandad Feniana, con el objetivo de declarar la guerra abierta a Inglaterra. A partir de 1857, fecha de su constitución, los fenianos capitalizaron un nuevo nacionalismo irlandés, que lo diferenció sensiblemente de los nacionalismos anteriores.

En primer lugar, buscó su apoyo entre los sectores populares tanto del campo como de la ciudad, vinculando su estrategia nacionalista a los intereses sociales de los sectores populares, llegando a aliarse con los revolucionarios socialistas.

Por otra parte, el fenianismo representó la secularización absoluta del nacionalismo irlandés, llegando a manifestarse en más de una ocasión como claramente anticlerical.

Los fenianos desencadenaron, a lo largo de los años 60, una cadena de atentados contra los ingleses que iban seguidos, inevitablemente, de una durísima represión. A pesar de ello consiguieron parte de sus objetivos. En 1867, a través de una reforma electoral, aumentaron la representación parlamentaria en Irlanda, y dos años después aprobaron la ley de separación de la Iglesia y el Estado en la isla, con lo cual los irlandeses dejaron de pagar diezmos a la Iglesia protestante. El fenianismo marcó una vía que ya no abandonaría el nacionalismo irlandés hasta la consecución final de su independencia.

## EL NACIONALISMO 1871-1914.

A pesar de los éxitos obtenidos por distintos nacionalismos en la etapa anterior, el período que cubre las últimas décadas del siglo XIX y culmina en la primera guerra mundial conoció un agravamiento de la conflictividad nacional, particularmente en el centro y sur de Europa. El mantenimiento de los tres grandes imperios multinacionales - el austro-húngaro, el otomano y el ruso- los roces interétnicos, los litigios territoriales que se presentaron a la hora de adscribir territorialmente una u otra nacionalidad o de fijar las fronteras de un nuevo estado, crearon una situación de inestabilidad permanente que, junto a las nuevas acometidas nacionalistas, representaron uno de los motivos de guerra en 1914.

Durante esta etapa se acrecentó el antagonismo entre los pueblos eslavos y germánicos -que dará lugar a dos movimientos político-ideológicos de considerable envergadura: el pangermanismo y el paneslavismo-, mientras el derrumbe definitivo del Imperio Otomano provocó encarnizadas luchas entre los distintos grupos nacionales de la Península de los Balcanes.

Paralelamente, en la Europa occidental y otras zonas de la Europa Oriental, hicieron su aparición nuevos nacionalismos cuya proyección histórica se prolongará a lo largo del siglo XX.

Los nuevos nacionalismos que aparecieron durante este período adoptaron una amplia diversidad de formas y de contenidos e incluso su influencia social y política fue diferente. En primer lugar, en el extremo occidental de Europa, cabe situar la aparición en la Península Ibérica, de los nacionalismos catalán y vasco.

En Cataluña, donde a lo largo del siglo XIX se habían manifestado ya tendencias políticas contrarias al centralismo del Estado liberal español, y donde desde 1833 se estaba produciendo el fenómeno de la *Renaixença*, el nacionalismo se organizó después del fracaso de la I República española (1873-74), para reivindicar la autonomía nacional dentro del Estado español. La hegemonía del movimiento corrió a cargo de la Lliga Regionalista de Cataluña, fundada en 1901, representante de sectores de la burguesía catalana, y que en muy poco tiempo pasó a ser la fuerza política mayoritaria en

Cataluña.

En el País Vasco los orígenes del nacionalismo cabe buscarlos en la opción carlista que se manifestó a lo largo del siglo XIX como un movimiento de defensa de la sociedad tradicional vasca frente a las tendencias disolventes del liberalismo y del capitalismo. La derogación definitiva de los fueros vascos en 1876 posibilitó el surgimiento del moderno nacionalismo vasco, encabezado por sectores burgueses medios. La fundación del P.N.V. en 1897 representó el punto de arranque de un nacionalismo que, a diferencia del catalán, reivindicó en sus inicios la independencia nacional y la reunificación de Euskadi.

En el estado francés, aunque más tímidamente que en el español, aparecieron también distintos movimientos nacionalistas. En Occitania, en Bretaña y en la isla de Córcega.

En Bélgica, los años precedentes a la 1ª Guerra Mundial conocieron también el inicio de la toma de conciencia nacional de la comunidad flamenca. Los flamencos intentaron salir de la marginación en que cayeron desde la independencia de Bélgica reivindicando en primer lugar sus derechos lingüísticos.

En Alsacia-Lorena, anexionada al nuevo Reich alemán desde 1871, los alsacianos protagonizaron numerosas acciones de resistencia contra la integración forzada a Alemania y en 1911 consiguieron la concesión de un estado de autonomía y Parlamento propio.

En la Europa septentrional, entre los países escandinavos, las cosas ocurrieron de modo muy distinto, hasta tal punto que se rompieron lazos de dependencia sin violencia y sin el afloramiento de conflictos interétnicos. Así, Noruega, unida a Suecia desde 1814, consiguió su independencia en 1905 cuando la Asamblea autónoma noruega decidió unilateralmente, sin violencias ni guerras, separarse de la corona sueca.

En el Imperio ruso, la política de rusificación forzada promovida por el zar Nicolás II (1894) generó un amplio movimiento nacionalista, basado en la reivindicación lingüística y de carácter progresista, confundándose muchas veces con los movimientos socialistas y revolucionarios. Esto ocurre en Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania.

Sólo en Polonia -en la Polonia rusa- el movimiento nacionalista era heredero directo de la situación histórica anterior. Pero en esta etapa sufrió un cambio significativo: las medidas discriminatorias que adoptó el zarismo contra los polacos consiguieron romper el círculo de aislamiento en que se había debatido el nacionalismo polaco desde sus orígenes. Ser nacionalista polaco dejó de ser patrimonio de la nobleza. Importantes sectores del campesinado y de la clase obrera se incorporaron a un movimiento encuadrado, en unos casos, por el clero católico, y en otros por el partido socialista polaco.

En Irlanda, tras la violencia feniana de los 60, el nacionalismo irlandés desarrolló su acción a dos niveles complementarios: mientras en el campo aplicaban formas de acción directa, a menudo violentas, para conseguir la devolución de las tierras a los irlandeses, en el Parlamento británico llevaba a cabo una clara actividad obstruccionista. Fruto de ello fue un cambio de actitud en los ingleses: por una parte empezaron a aparecer nuevas leyes agrarias, que devolvían las tierras a los irlandeses y, a partir de 1886, se emprendió el largo camino de la reforma constitucional cuando se presentó la ley de Home Rule (autonomía) para Irlanda en el Parlamento. (Se aprobó en 1914). Este nuevo planteamiento de la cuestión irlandesa permitió un cierto relajamiento del nacionalismo irlandés más radical y violento y fue un acicate para que en la última década del siglo apareciesen intentos importantes para robustecer culturalmente a Irlanda. (Fundación de la Liga Gaélica, Yeats, James Joyce...).

Sin embargo, no todos los irlandeses se manifestaron partidarios de la autonomía de Irlanda. En los nueve condados que constituían la provincia de Ulster, la zona más septentrional de la isla, mayoritariamente poblada desde el siglo XVII por protestantes de

origen escocés, se manifestó muy pronto una visceral oposición a cualquier forma de autonomía para Irlanda.

Además, en el propio seno del nacionalismo irlandés, la oposición a la autonomía, que era contemplada como la concesión de un parlamento extranjero y no supondría el reconocimiento de Irlanda como nación, vino de la mano de Arthur Griffith que, en 1905 creó una nueva organización para potenciar el nuevo espíritu independentista: el Sinn Fein (Nosotros Solos), minoritario hasta la guerra mundial, pero su participación en el levantamiento popular que tuvo lugar en Dublín durante la Pascua de 1916 le permitieron situarse a la cabeza del nacionalismo y desempeñar un papel fundamental en la futura y no muy lejana independencia de la isla.

Por último, la gran novedad que se produjo en Europa durante este período fue la aparición del nacionalismo judío, del sionismo. Era la consecuencia lógica de la intensa campaña antisemita que apareció por toda Europa y que consideraba a los judíos extranjeros en su propio país. El sionismo moderno, que halló en la reivindicación histórica de la tierra bíblica de Sión la solución definitiva de los males que les aquejaban, procedió de la iniciativa del judío vienés Theodor Herzl. En 1901, Jaim Weizman creó un Fondo Nacional Judío con el objetivo de comprar tierras en Palestina e iniciar, así, una progresiva colonización del territorio en esos momentos integrados en el Imperio Otomano.

## **LAS CONTRADICCIONES NACIONALISTAS EN EL CENTRO DE EUROPA.**

El Imperio austro-húngaro tuvo que seguir haciendo frente a las tendencias centrífugas que existían en su seno a causa de la diversidad étnica del Imperio y de la acometida de los nacionalismos. Austria, que había perdido su hegemonía en el centro de Europa, con su definitiva derrota frente a Prusia, dirigió sus miras expansivas hacia los Balcanes, un auténtico polvorín donde intervenían el Imperio turco, en franco retroceso, y el Imperio zarista, aliado de los eslavos del sur.

Mientras, los pueblos no germánicos de la Cisleitania pudieron experimentar un cierto renacimiento de su personalidad nacional. Además de los polacos que, como vimos, gozaban de una cierta autonomía en la Galitzia, los checos consiguieron triunfos espectaculares en los años finales de siglo y principios del XX. Por otra parte, durante esta etapa los checos iniciaron una significativa aproximación hacia los eslovacos dominados por los magiares, con la creación de una Unión Checo-Eslovaca que tuvo sus miras puestas en el futuro.

En la zona del imperio bajo control de Hungría, en primer lugar, el acuerdo de 1867 no fue aceptado por todos los nacionalistas magiares y pronto el partido de la independencia se manifestó a favor de la ruptura total de relaciones con Austria. Los rumanos de Transilvania y los eslovacos siguen siendo sometidos a una fuerte magiarización y a la represión de sus deseos nacionales. Sólo los croatas estaban en condiciones de enfrentarse a la hegemonía magiar. Pero en esta etapa los croatas estaban enfrentados a propósito de sus relaciones con los serbios. A pesar de que los magiares se aprovecharon de estas divergencias, no lograron evitar que el movimiento nacionalista croata consiguiera un alto grado de movilización en los años que precedieron a la guerra.

La situación de las nacionalidades tampoco era mejor en el Imperio alemán. Mientras Bismarck fue canciller -hasta 1890- desarrolló una política agresiva -la Kulturkampf- contra el catolicismo y, a partir de su destitución el nuevo emperador Guillermo II inauguró una etapa de ofensiva generalizada, potenciando aún más la germanización e iniciando una política colonial agresiva que pronto le enfrentó a Gran Bretaña.

Uno de los fenómenos característicos de este período, y que pronto se desarrolló

rápidamente por Alemania y por Austria, fue precisamente el pangermanismo, un movimiento racial antieslavo y antisemita, que no sólo sirvió para fomentar la alianza entre los imperios alemán y austro-húngaro, sino que pronto reclamó un espacio vital más amplio para Alemania, y llegó a reivindicar una hermandad racial nórdica que incorporase en un mismo estado incluso a los pueblos escandinavos.

La réplica al pangermanismo fue el paneslavismo, un movimiento que pretendía la expansión del gran poder ruso con la incorporación en un solo Estado universal de todos los pueblos eslavos. Esta ideología pronto halló su razón de ser, por encima de las diferencias que enfrentaban a sus destinatarios, en su pugna con el pangermanismo, sobre todo a propósito de la conflictiva situación que se vivió en la Península de los Balcanes.

### **LA CRISIS Balcánica: HACIA EL ESTALLIDO FINAL.**

Con una mayoría de población eslava, pero con significativos grupos nacionales claramente diferenciados de ellos -rumanos, griegos, albaneses-, la Península de los Balcanes iba a concentrar las tensiones internacionales entre el Imperio Otomano y Rusia y entre el Imperio zarista y Austria, al tiempo que entre los pueblos eslavos, especialmente entre serbios y búlgaros, se producía una dura pugna por el control de la hegemonía política de la zona.

El inicio de las desavenencias y tensiones se produjo en 1875 con el estallido de diversas revueltas nacionalistas en dos zonas del Imperio Otomano: la Bosnia y Herzegovina y, posteriormente, Bulgaria. La intervención de serbios y montenegrinos al lado de los bosnios no evitó la derrota militar de éstos, mientras en Bulgaria la sublevación era duramente reprimida por los turcos.

La negativa del sultán a perder un ápice de su influencia en esta zona motivó que en abril de 1877 Rusia declarase la guerra a Turquía, quien en muy pocos meses fue derrotada. Las pretensiones territoriales búlgaras (La Gran Bulgaria) -conseguidas, en primera instancia, en el Tratado de San Stéfano de enero de 1878- que suponían una drástica reducción del Imperio Otomano en los Balcanes a favor de los búlgaros, provocaron la intervención de Gran Bretaña y Austria que impusieron en el Congreso de Berlín (1878) una nueva remodelación del mapa de la Península: Rumania, Montenegro y Servia pasaban a convertirse en estados plenamente independientes, pero Austria se introducía en los Balcanes, asumiendo la administración provisional de la Bosnia y Herzegovina y ejerciendo un estrecho control sobre Servia. Bulgaria se convertía en un principado autónomo bajo soberanía turca, perdiendo los territorios reivindicados de la Rumelia, Tracia y Macedonia, que siguieron en el Imperio Otomano.

Muy pronto se puso de manifiesto que la solución de Berlín no era definitiva. En 1885, Bulgaria se incorpora la Rumelia, hecho que fue aceptado por todas las potencias europeas, a excepción de Rusia y Servia. La derrota de los serbios en una guerra servo-búlgara, permitió a Bulgaria -que se desembarazó definitivamente del tutelaje ruso- conservar la Rumelia y en 1908, aprovechándose de la debilidad del Imperio Otomano a causa de la revolución de los Jóvenes turcos, declaró su independencia definitiva.

En ese mismo año de 1908 Francisco José I de Austria convirtió la administración provisional que Austria ejercía sobre la Bosnia y Herzegovina en anexión definitiva al Imperio, lo cual provocó un incremento de las tensiones con Servia, que en estos momentos había asumido ya su papel protagonista en la unificación de los distintos pueblos sud-eslavos.

La última etapa de las luchas nacionales en los Balcanes constituyó ya el prelude final de la Primera Guerra Mundial. Las llamadas Guerras Balcánicas de los años 1912-1913 tuvieron como motivo la definitiva acometida de las nacionalidades balcánicas contra los turcos y las divergencias mutuas a la hora de establecer el reparto territorial.

Una alianza inicial entre serbios y búlgaros (marzo 1912), bajo patronazgo ruso, y a la

que más tarde se adhirieron griegos y montenegrinos, fue la base utilizada para declarar la guerra a Turquía, que acabó derrotada en muy poco tiempo. Las desavenencias territoriales entre los vencedores, en un momento en que Bulgaria pretendió volver a hacer efectiva su reivindicación de una Gran Bulgaria, motivaron la Segunda Guerra Balcánica, que alió a griegos, serbios, rumanos y turcos contra Bulgaria. Esta nueva guerra, también muy breve, acabó con el triunfo de los aliados, y en el TRATADO DE BUCAREST (1913) quedó definitivamente configurada, o casi, la Península Balcánica: el Imperio turco pudo conservar el control de los Estrechos y la Tracia Oriental, pero de hecho quedaba reducido a Asia; surgió Albania como nuevo estado independiente; Grecia amplió considerablemente su territorio con la incorporación del sur de Macedonia, el litoral del Egeo y las islas de Tasos, Samotracia y Lemnos; Bulgaria cedió a Rumanía la Dobrudja meridional y se incorporó una parte de Tracia. Mientras Serbia, la gran vencedora, se engrandeció considerablemente hacia el este y el sur, doblando casi su territorio.

De hecho Serbia cosechó un gran prestigio entre los distintos pueblos eslavos, un prestigio que se producía en un momento de gran agitación paneslava y que, por tanto, provocaba grandes recelos en el Imperio austro-húngaro. Y en efecto, el *casus belli* inmediato que llevó al estallido de la Primera Guerra Mundial tuvo como pretexto los antagonismos entre Serbia y Austria-Hungría. En junio de 1914 se produjo el asesinato del heredero a la Corona austriaca, el archiduque Francisco Fernando de Habsburgo, en Sarajevo, la capital de Bosnia, a manos de un nacionalista serbio. Las inculpaciones austriacas contra las autoridades serbias culminaron en el ultimátum que Austria-Hungría, apoyada por Alemania y Turquía, envió a Serbia. Con él se iniciaba oficialmente la 1.ª G.M.

## EPILOGO

Tras la 1.ª G.M., el Congreso de Paz de París, de los años 1919-1920, que elaboró los Tratados de Versalles, impuesto a Alemania, de Saint Germain con Austria y de Trianón con Hungría, revisó a fondo, como no se había hecho desde el Congreso de Viena de 1815, el mapa estatal europeo, a la par que reconoció el principio de nacionalidad y lo consignó en la legislación pública de Europa. (El único caso en que se impidió tajantemente el ejercicio del derecho de las nacionalidades fue al prohibirse cualquier intento o posibilidad de unión entre Alemania y Austria).

Sus acuerdos representaron la definitiva desmembración de los cuatro grandes imperios europeos -Alemania, Austria-Hungría, Rusia y Turquía-, la formación de seis Estados nacionales independientes -Polonia, Checoslovaquia, Lituania, Letonia, Estonia y Finlandia-, y la extensión y consolidación de otros tantos: Serbia, que se convirtió en Yugoslavia, Rumanía que se amplió con Transilvania, la Besarabia y la Bucovina, Francia que volvió a tomar Alsacia y Lorena, Dinamarca que obtuvo el Schleswig septentrional...

Finalmente cabe mencionar el éxito final del movimiento nacionalista irlandés, encabezado por los independentistas del Sinn Fein, victoriosos en las elecciones de 1918, decidieron declararse parlamento legal de la nueva República de Irlanda e iniciaron una guerra de tres años contra Inglaterra que culminó con la independencia de una parte de la isla. En 1921 Inglaterra aceptaba la formación de la República de Irlanda, pero seguirá controlando los condados del norte de la isla, de mayoría protestante y unionista. Esta solución originó, por una parte, una guerra civil en la nueva Irlanda independiente, mientras inauguró el contencioso histórico del Ulster que se ha prolongado a lo largo de todo el siglo XX.

(Tomado de PAGES BLANCH, Pelai: *Las Claves del Nacionalismo y el Imperialismo 1848-1914*, Planeta, 1991).

## EL NACIONALISMO (VERSIÓN REDUCIDA "A")

El nacionalismo es una de las principales ideas-fuerza revolucionarias. Su lanzamiento (bien en dimensión conservadora -el "*Volksgeist*" de cuño germánico-; bien con fundamento liberal -la "voluntad popular" difundida por la revolución francesa) data de finales del XVIII y conmueve el orden interno e internacional de los Estados durante la centuria siguiente. La aspiración de hacer coincidir Estado y Nacionalidad va progresivamente desarticulando el status dinástico-territorial de Viena: en algunas zonas (la monarquía austriaca, el imperio otomano) opera como una fuerza disgregadora; en otras (Italia, Alemania) empuja hacia la integración. La autonomía de Servia (1817), de los principados rumanos de Moldavia y Valaquia (1829) y las independencias de Bélgica y Grecia (1830) constituyen los primeros resultados de ese proceso desintegrador. De mayor envergadura política, las unidades italiana y alemana son, sin embargo, el principal saldo del triunfo de las nacionalidades en el XIX.

Tanto en Italia como en Alemania la aspiración unitaria, manifestada desde principios de siglo, tiene fuertes raíces populares, progresa asociada (más en la primera que en la segunda) a las reivindicaciones liberales, y ha ensayado abrirse paso en las revoluciones de 1830 y, sobre todo, de 1848. El fracaso de esta última, lejos de debilitar, acrecienta el espíritu nacionalista, pero también desplaza el protagonismo popular en beneficio de la iniciativa de los Estados hegemónicos: los reinos de Piamonte y de Prusia.

### EL CASO ITALIANO

Tras el Congreso de Viena, Italia quedó dividida en seis Estados: el reino de Piamonte-Cerdeña, el reino lombardo-véneto, los Estados Pontificios, el reino de las dos Sicilias y los ducados de Parma, Módena y Toscana. Austria, que administra la Lombardía y el Véneto, y ejerce un control indirecto sobre los ducados, es la potencia garante del statu quo (contrarrevolucionario y territorial) en la península y, por tanto, el gran enemigo a combatir por los nacionalistas.

El nacionalismo italiano empezó a configurarse en tiempos de Napoleón con la creación del reino de Italia que, a la vez que fortaleció el sentimiento de unidad, levantó olas de protesta contra los intentos de afrancesar la lengua y las costumbres. Surgen así, por una parte, el hecho de hallarse ante una empresa común y, por otra, los rasgos específicos de la italianidad. Esta conciencia de personalidad propia fue ampliada luego por románticos e historiadores y, unida al liberalismo, se reflejó en la política como movimiento revolucionario que subvertía la legitimidad de los reyes. El máximo exponente de la unión de las ideas nacionales y liberales revolucionarias es Mazzini.

Pero, como en casi la totalidad de Europa, los movimientos liberales y nacionalistas italianos manifestados en las revoluciones de 1820, 30 y 48 se saldaron con un fracaso.

Los patriotas italianos estaban divididos entre tres programas de unificación:

- ✓ Una república italiana unificada, con Roma por capital y englobando Saboya, Niza, Trentino y Dalmacia. Esta era el ideal de Garibaldi y Mazzini que funda la "Joven Italia".
- ✓ Una Confederación de reinos bajo la presidencia honorífica del Papa. Tesis de los moderados y de Napoleón III, expuesta en 1843 por el abad Gioberti.
- ✓ La unidad en torno a la casa de Saboya (de Piamonte-Cerdeña), idea sostenida por Cesare Balbo (1843), y por Massimo d'Azeglio (1846). Es el "Risorgimento" que defiende también Cavour en su aspecto político.

El fracaso de la fórmula republicana (de Mazzini en Roma, de Mazzini en Toscana y de Manin en Venecia) de 1849 y la defección del Papa Pío IX, retirando su ayuda a los

sublevados lombardos contra Austria, demuestran la inviabilidad de las dos primeras fórmulas. Después de 1848, por tanto, las esperanzas de unificación están cifradas en la acción del reino de Piamonte: tiene una tradición de lucha, una dinastía italiana, y se rige por un sistema constitucional.

Además del rey Víctor Manuel, la figura clave de la unidad será el conde de Cavour, presidente del gobierno desde 1852, nacionalista comprometido, pero realista y pragmático (abomina de las exaltaciones de los demócratas mazzinianos), y que prepara el estado para la obra unificadora:

- ✓ En el interior moderniza sus estructuras: sana la hacienda, impulsa la construcción de ferrocarriles, estimula el comercio y acomete la modernización del ejército; para atraerse a los liberales, determina laicizar el Estado mediante la separación Iglesia-Estado y la desamortización de los bienes eclesiásticos; crea también organizaciones políticas para coordinar las acciones unificadoras, etc.
- ✓ En el exterior: cultiva los sentimientos italianófilos de Napoleón III, y, mediante la participación junto a franceses y británicos en la guerra de Crimea, consigue llevar a la agenda de las potencias el caso pendiente de Italia.

Con apoyo francés (activo, al principio; sólo tolerante, más tarde), en los años 1859-1860 el Piamonte unifica la mayor parte de Italia. La guerra franco-sarda contra los austriacos, le entrega la Lombardía (Tratado de Zurich, 10-XI-1859). En los ducados (Parma, Módena y Toscana) y en la Romaña, revueltas populares entre tanto desencadenadas deponen a las autoridades, y en marzo de 1860 sus poblaciones deciden mediante plebiscitos su incorporación al Piamonte. Entre mayo y septiembre de ese mismo año, mientras Garibaldi libera el reino de Nápoles, los piamonteses, con el pretexto de protegerlos, ocupan las Marcas y Umbría. Nuevos plebiscitos legitiman estas anexiones. Las elecciones generales de enero de 1861 dan un parlamento al "Reino de Italia", solemnemente proclamado el 23 de marzo, con Víctor Manuel II como rey y Roma como futura capital, aceptando como provisional la capitalidad de Florencia.

Las últimas fases de la unidad son resultado del aprovechamiento de sendos conflictos internacionales: la guerra austro-prusiana facilita la incorporación de Venecia (1866), y la franco-prusiana abre las puertas a la anexión de Roma (1870).

Pero el proceso unitario mantiene zonas irredentas (Trieste, Istria y el Trentino), provoca la condena de la Santa Sede y distancia a los católicos del Estado, y, sobre todo, deja pendientes los graves problemas estructurales de la nueva nación: los enormes desequilibrios regionales (Norte-Sur), las profundas desigualdades sociales y la carencia de autenticidad representativa del régimen liberal.

## EL CASO ALEMÁN

Del Congreso de Viena Alemania había salido dividida en 39 Estados, sobre los cuales Austria mantenía cierta hegemonía, pues presidía la Dieta federal. No obstante, existía un mundo germánico, con su lengua, su civilización y su idiosincrasia, que había sido formulado repetidas veces desde principios de siglo por filósofos (Fichte, Hegel), historiadores (Ranke), poetas (Heine), músicos (Wagner), etc..., y además se había configurado desde 1834 un mundo germánico "económico" a través del proyecto de Unión Aduanera o "*Zollverein*", patrocinado por Prusia, que estaba sentando las bases de una futura unificación.

A pesar de ello, todos los intentos de unificación política que los nacionalistas realizan durante la primera mitad del XIX son abortados, ya que sobre ese mundo germánico se había producido una política de reacción conservadora y a Austria le interesa más una Alemania fraccionada que podía dominar más fácilmente.

Tras el fracaso de la vía democrática ensayada en 1848, la iniciativa queda en manos de un reino, Prusia, y su realización pasa en primera instancia por el enfrentamiento con Austria, deliberadamente excluida de los proyectos unitarios. En 1850 una "unión restringida", que patrocina Berlín, es desbaratada por Viena, y la Confederación Germánica se restaura. Sin embargo, las fuerzas unificadoras avanzan: en 1854 Prusia renueva y amplía la "*Zollverein*" (en la que Austria tampoco consigue introducirse), y en 1859 los patriotas liberales se organizan en una influyente asociación (la "*Nationalverein*") que relanza el proyecto pequeño-alemán (una confederación presidida por Prusia).

Ese mismo año el comienzo del reinado de Guillermo I marca la entrada en la "Nueva Era". El monarca se propone reforzar el ejército, y la larga crisis interna que se sigue por la oposición de las cámaras acaba resolviéndose con la llamada de Bismarck al poder en 1862. El nuevo primer ministro, inteligente, experimentado en la diplomacia y realista, es un conservador prusiano que detesta el liberalismo (aunque sabrá servirse del sufragio universal para consolidar su obra unificadora) y contempla la unidad alemana como el instrumento de la grandeza de Prusia. Resuelve la crisis interna con expeditivo autoritarismo: los créditos se aprueban, el ejército se refuerza y moderniza, y el país queda en disposición de imponerse.

Entre 1863 y 1871 el proceso unitario se resuelve en tres etapas a través de sendas guerras victoriosas:

- ✓ GUERRA DE LOS DUCADOS. Los ducados del sur de Dinamarca (Schleswig, Holstein y Lauenburgo) eran de población alemana, pero estaban gobernados por príncipes daneses desde 1815. Al morir en 1863 el rey danés sin descendencia masculina, debían pasar a príncipes alemanes según la ley de los ducados y al danés según la danesa. Bismarck aprovecha la ocasión para plantear el problema, pero como sabe que la incorporación de estos ducados a Alemania supondría una cuestión peligrosa internacionalmente porque sería alterar el Congreso de Viena, involucra a Austria. El ejército austro-prusiano los conquista y, en vez de incorporarlos a la Dieta Federal, se los reparten; Holstein para Austria, y Schleswig y Lauenburgo para Prusia.
- ✓ GUERRA AUSTRO-PRUSIANA. El desencadenante es el replanteamiento de la cuestión de los ducados daneses, deliberadamente instrumentalizada por Bismarck para provocar la ruptura con Viena. Previamente, Prusia ha firmado en nombre del *Zollverein* un tratado comercial con Francia suprimiendo los derechos de aduanas, y del que se excluye a la Austria proteccionista, ha prometido a los liberales del sur la reorganización de la Confederación mediante un Parlamento de sufragio universal, lo que molesta al régimen imperial y aristocrático de Viena, y ha obtenido la alianza, o al menos la neutralidad, de Rusia, Francia e Italia. La guerra, que enfrenta a Berlín no sólo con Austria, sino con la mayoría de los Estados de la Confederación Germánica, se salda en una rápida y contundente victoria prusiana culminada frente a los austriacos en Sadowa (3-VII-1866). El resultado es la exclusión de Austria de la futura Alemania, la supresión de la Confederación Germánica y la libertad para que Prusia organice los Estados al norte del río Main. Con ello, Bismarck forma la Confederación de Alemania del Norte después de anexionarse los ducados daneses y conseguir la continuidad territorial del reino de Prusia mediante la anexión de los Estados que separaban la Renania de la Prusia Oriental: Hannover, el electorado de Hesse, Nassau y la ciudad de Francfort.

La nueva Confederación tiene una presidencia, que corresponde al monarca prusiano; un canciller federal, que es el propio Bismarck, y un poder legislativo en dos cámaras (el Reichstag, de representación popular por sufragio universal, y el Bundesrat, integrada por plenipotenciarios de los Estados). Era la realización de la

pequeña Alemania, hegemónizada por Prusia, que retiene el ejecutivo, y, en razón del número de sus habitantes, controla abrumadoramente la cámara baja (240 diputados prusianos de un total de 290).

Sólo quedan los Estados católicos del Sur, y Bismarck piensa que el único medio de incorporarlos es encontrar una causa común que les una para luchar.

- ✓ GUERRA FRANCO-PRUSIANA. La tensión franco-prusiana se remonta a la propia victoria de Sadowa. De golpe, Napoleón III descubre a sus puertas un poderoso y temible vecino, y ve, además, burladas las expectativas de compensaciones territoriales que vagamente le insinuara Bismarck cuando en las entrevistas de Biarritz (octubre 1865) había tratado de mantener a París al margen del contencioso que preparaba con Viena. La candidatura del príncipe prusiano Leopoldo de Hohenzollern al trono español, vacante por la caída de los Borbones en la revolución de 1868, constituye el episodio, maquiavélicamente explotado por el Canciller alemán, que culmina la frustrada exasperación francesa y desencadena el conflicto (19-VII-1870). Con la derrota de Francia (Sedán, 1-XI-1870;) cae el régimen de Napoleón III, Alemania incorpora Alsacia y Lorena, y, en Versalles, la Confederación Alemana, ampliada con la incorporación de los Estados del sur (Sajonia, Wurtemberg, Baden y Baviera), se transforma en Imperio (18-I-1871).

## EL NACIONALISMO (VERSIÓN REDUCIDA “B”)

El nacionalismo constituye uno de los fenómenos más persistentes, complejos y variados de la historia contemporánea de Europa. Reivindicaciones de autogobierno, propuestas de unificación, objetivos anexionistas, desde la extrema derecha a la extrema izquierda, y por métodos pacíficos o violentos, jalonan el XIX europeo, en un proceso indisolublemente unido a la construcción de los nuevos estados liberales, la introducción del capitalismo, la configuración de una nueva organización social, la expansión extraeuropea, etc... Pero también en la actualidad siguen existiendo nacionalismos que hunden sus raíces en el XIX, como los casos irlandés y vasco, y parece evidente que una de las novedades históricas de la fase final del siglo XX vuelve a ser el recrudecimiento de los conflictos nacionalistas en el centro y este de Europa.

Las primeras formulaciones ideológicas de los nacionalismos se produjeron hacia finales del XVIII y principios del XIX, años extremadamente convulsos en toda Europa caracterizados por la crisis del Antiguo Régimen provocada por la revolución francesa, la expansión napoleónica, las guerras de liberación y la posterior restauración de las monarquías absolutas. En este marco histórico surgen las dos ideologías que dieron cuerpo a los movimientos nacionalistas del S. XIX y buena parte del XX: el liberalismo y el romanticismo.

A) En sus orígenes, el concepto nacional, la propia idea de nación, apareció como una idea claramente contrapuesta a la sociedad estamental y a las instituciones feudales propias del Antiguo Régimen (Sièyes). La obra teórica de J.J. Rousseau y la práctica revolucionaria francesa elaboran un nacionalismo que consideraba a la nación como el resultado de un contrato voluntario y del libre consentimiento de los individuos, presuponiendo que la nación no es un hecho de masas, colectivo, que se constituye a través de la historia, sino un hecho administrativo, en la medida en que es el Estado quien impone la nación. Esta orientación, reformulada por el italiano Mazzini en 1834, tiene como rasgo esencial la voluntad de vivir en común. La expresión de esta voluntad implica que las poblaciones poseen el derecho de sufragio, por donde esta tesis se emparenta con las tendencias democráticas y con el concepto de soberanía del pueblo.

B) Pero este nacionalismo no fue compartido en toda Europa. En buena medida como reacción contra estas ideas de la revolución francesa apareció una ideología nacionalista, completamente contrapuesta, que surgida en Alemania, muy pronto entroncó con el romanticismo. Esta visión consideraba a la nación como un organismo biológico, un "ser viviente" que se desarrollaba mediante la acción de una "fuerza superior" -el genio nacional (*Volkgeist*)-, el cual se manifestaba por ciertos caracteres exteriores hereditarios: comunidad de lenguas, de costumbres, de tradiciones. Podía incluso afirmarse que las poblaciones pertenecían a la misma nacionalidad cuando presentaban esos caracteres comunes, aun en el caso de carecer de conciencia de tal parentesco y no desear vivir en común. Por consiguiente, esta tesis podía conciliarse con las ideas conservadoras -desde el punto de vista del régimen político de los estados-, ya que no requerían la comprobación de la voluntad popular.

Tras la exposición de estos principios doctrinales, la amplitud del tema nos obliga a efectuar un análisis muy general de las distintas fases del nacionalismo a lo largo del XIX, sin extendernos en el estudio de ningún caso concreto.

### 1) EL NACIONALISMO EN LAS REVOLUCIONES LIBERALES (1815-1848).

El punto de partida de los nacionalismos europeos contemporáneos fue, como hemos

puesto de relieve, la Revolución francesa y el expansionismo napoleónico, que exportó el conjunto de elementos de la ideología revolucionaria y con ellos el propio principio nacional.

A partir de 1808, y hasta 1814, se iniciaron las primeras resistencias nacionales y populares contra Napoleón, que aglutinaban tanto a las monarquías del Antiguo Régimen -defensoras de la legitimidad monárquica- como a los nuevos nacionalismos, imbuidos de las ideas de independencia y libertad.

El carácter antinacional del Congreso de Viena, junto al triunfo de la reacción y al mantenimiento de las monarquías absolutas tuvo la virtud de posibilitar una alianza entre las frustradas aspiraciones nacionalistas y la derrotada idea liberal, de tal manera que, a menudo los nacionalismos aparecieron bajo la forma de liberalismo, confundiéndose ambos movimientos en su oposición a las monarquías absolutas y al sistema estatal que éstas habían creado.

- ✓ En Europa Occidental, el único movimiento nacionalista que triunfó en esta etapa fue el belga, que consigue su independencia de Holanda en 1830, aunque se manifestaron muy activamente los nacionalismos irlandés ("Asociación Católica" de O'Connell, "Joven Irlanda"), italiano ("Carbonería", "Joven Italia" de Mazzini) y alemán ("Jóvenes Hegelianos", "Parlamento de Franckfort", "Zollverein").
- ✓ En los Balcanes, el imperio turco tuvo que enfrentarse muy pronto a los nacionalismos más activos, el serbio (autonomía en 1817) y el griego (proclamación de independencia en 1822, reconocida por Turquía en 1833).
- ✓ Respecto a los pueblos eslavos y el resto de pueblos integrados en el imperio austriaco y el zarista, son los magiares húngaros y los polacos los más activos, aunque sin resultados.

## 2) LA CONSAGRACIÓN DEL PRINCIPIO NACIONAL (1848-1870).

El rotundo fracaso de las revoluciones nacionales de 1848 comportó la restauración de la Europa del Congreso de Viena, pero no impidió que en las décadas siguientes algunos de los movimientos nacionalistas desarrollados en la primera mitad de siglo, y el propio nacionalismo como movimiento político obtuvieran éxitos espectaculares.

Durante esta nueva fase se produjo una modificación profunda en la naturaleza de determinados movimientos nacionalistas. La diferencia estriba en que ya no se precisa ser "nacionalista" (entendiendo este concepto unido a liberal, demócrata y revolucionario) para pretender construir un estado unificado. Y en los dos ejemplos más importantes, las unificaciones italiana y alemana, quienes hegemonizaron el proceso de unificación, lo hicieron desde presupuestos claramente antidemocráticos, aunque se apoyasen y utilizasen los movimientos nacionalistas preexistentes. Es fundamental para entender este cambio tener en cuenta que las revoluciones de 1848 habían puesto de relieve el peligro que comportaba el recurso a la romántica "insurrección popular" como medio para conseguir los objetivos nacionalistas. El levantamiento espontáneo del pueblo, había abierto la puerta a las reivindicaciones socialistas claramente planteadas también en 1848. El nuevo "peligro rojo" que asomó por toda Europa decidió a las clases medias liberales y nacionalistas a recurrir a instrumentos mucho más clásicos para construir sus Estados, como la guerra convencional, la diplomacia y las alianzas exteriores, que evitaban el riesgo de la subversión del orden social.

Finalmente, después de 1848 el principio de las nacionalidades fue admitido como un principio de derecho internacional, y aunque ello no significó la obligatoriedad de aplicarlo en todos y cada uno de los casos en que se planteaban reivindicaciones nacionalistas, sí que favoreció y justificó algunos.

- ✓ El primer triunfo de un movimiento nacionalista durante esta etapa tuvo lugar en el Imperio Otomano y afectó a los principados rumanos de Valaquia y Moldavia, que

configuraron la nueva Rumania en 1856.

- ✓ Asimismo asistimos al éxito magiar que culmina en 1867 con la transformación del Imperio austriaco en Imperio Austro-Húngaro.
- ✓ En Europa Occidental, el nacionalismo irlandés conocía una transformación esencial con el abandono de los métodos legales de lucha y el paso a la lucha armada contra la dominación inglesa, vía no abandonada hasta la consecución final de su independencia en 1921. Nos referimos a la constitución en 1857 de la Hermandad Republicana Irlandesa o Feniana, continuada desde 1905 con el Sinn Fein.
- ✓ Pero, sin duda alguna, los mayores "éxitos" del nacionalismo en esta etapa lo constituyen el doble proceso unificador en Italia y Alemania, dirigidos respectivamente por Piamonte y Prusia, en los cuales se mezclan actuaciones diplomáticas, bélicas y económicas, culminando en 1870/71 con la aparición del II Imperio Alemán y un nuevo orden europeo dirigido desde Berlín.

### 3) LOS NACIONALISMOS "FIN DE SIGLO" (1871-1914).

Este período conoció un agravamiento de la conflictividad nacional, particularmente en el centro y sur de Europa. El mantenimiento de los tres grandes imperios multinacionales -austro-húngaro, otomano y ruso-, los roces interétnicos, los litigios territoriales que se presentaron a la hora de adscribir territorialmente una u otra nacionalidad o de fijar las fronteras de un nuevo estado, crearon una situación de inestabilidad permanente que, junto a las nuevas acometidas nacionalistas, representaron uno de los motivos de guerra en 1914.

- ✓ Durante esta etapa se acrecentó el antagonismo entre los pueblos eslavos y germánicos -que dará lugar a dos movimientos político-ideológicos de considerable envergadura: el pangermanismo y el paneslavismo-, mientras el derrumbe definitivo del Imperio Otomano provocó encarnizadas luchas entre los distintos grupos nacionales de la península de los Balcanes.
- ✓ Paralelamente, en la Europa occidental y otras zonas de la Europa Oriental, hicieron su aparición nuevos nacionalismos cuya proyección histórica se prolongará a lo largo del siglo XX. (Nacionalismos catalán y vasco en España, bretón y corso en Francia, flamenco en Bélgica, noruego -que consigue su independencia de Suecia en 1905- etc...)
- ✓ Por último, la gran novedad que se produjo en Europa durante este período fue la aparición del nacionalismo judío, el sionismo. Era la consecuencia lógica de la intensa campaña antisemita que apareció por toda Europa y que consideraba a los judíos extranjeros en su propio país.